

## **La culpa es de los pobres**

Mientras desayunaba, Pablo encendió la radio. Distraído, estuvo jugando con el dial hasta que fijó una emisora. Aunque era lunes no tenía que ir a trabajar, así que se tomó con calma el café con leche, se habían acabado las galletas. “El problema de la crisis bursátil es la codicia humana”, lo acababa de decir un experto, una autoridad política o monetaria que continuaba, “las bolsas se agitan porque todo el mundo quiere ganar mucho dinero en poco tiempo”. Tenía razón el ilustre entrevistado. ¿Por qué la gente se empeñaba en mejorar su situación económica en lugar de conformarse con lo que tenía? Él mismo, sin ir más lejos, acababa de comprar un coche nuevo para lo cual había solicitado el correspondiente crédito personal. Al principio el banco no lo veía claro porque ya tenía otro crédito, el hipotecario, con el que había medio comprado la casa en la que vivían. Su mujer le dijo, ¿Para qué un coche nuevo si vas al trabajo en autobús? Al final se dio el capricho y ahora estaba pagando las consecuencias.

Pablo terminó su desayuno y metió la taza en el fregadero, donde fue a hacer compañía a un solitario plato y una cucharilla manchada de yogur que había dejado la anterior noche. Sentado de nuevo a la mesa de la cocina, se acordó de las declaraciones que otro experto había hecho hacía un par de veranos. La inflación había subido porque la gente iba a la playa, se sentaba en un chiringuito y en lugar de pedir unas alitas de pollo como en años anteriores, pedía un pollo entero. Eso disparaba la demanda y la oferta que no llegaba, así que subían los precios de la cesta de la compra.

Estaba claro que el problema era de los económicamente débiles, porque la gente pudiente cuando iba a la playa comía en un restaurante y pedía bogavante o langosta, pero ahí no hay problema, porque la langosta no entra en la cesta de la compra y por eso no fastidia la inflación acumulada ni subyacente.

Como no tenía nada que hacer, Pablo pensó en sentarse a ver la televisión. No encontró el sofá y tampoco encontró la televisión panorámica que había comprado hacía

unos meses con financiación de la entidad bancaria en la que tenía domiciliada su nómina. Así que se fue al cuarto de la criada, que no estaba, donde había una tele vieja, de esas portátiles con antenas de cuernos. La encendió y después de ajustar la cadena dándole unos golpecitos, se sentó en una silla de tijera que había en el cuarto. A través de las interferencias y barridos ondulantes, pudo seguir, mas o menos, la programación matinal en la que se alternaban miniespacios informativos y programas que daban de todo un poco. Llamaron su atención las imágenes más animadas y de colores vivos, que resultaron ser por este orden: una manifestación de gente hambrienta y malhumorada y un reportaje en el que una marquesa o condesa por parte de ex marido, mostraba su impresionante colección de cuadros de todas las épocas y colores.

Pablo reflexionó: las clases necesitadas no sólo tienen problemas, sino que además generan problemas. En cambio la gente adinerada va más a su rollo y lo pasa bien invitando a sus amigos y tomando bebidas con burbujas, pero no de lata. Los pobres tienen problemas pero también son el problema. En algún sitio había oído que si no estás en la solución eres el problema, un problemón de muchos millones de personas. Empezó a dolerle la cabeza, así que fue a buscar una aspirina. Como no la encontró, llamó a su mujer que siempre sabía donde estaban las cosas. Su mujer no contestó y Pablo recordó que hacía varios días que no sabía donde estaba, no la aspirina, sino su mujer, y no podía preguntarle, porque ella era precisamente la que sabía donde estaban las cosas. La cabeza le dolía cada vez más. Fue primero al dormitorio principal y luego al cuarto de los niños. Abrió todos los armarios y comprobó que no estaban, ni su mujer, ni los niños, ni un juego de maletas que también había comprado con financiación de la entidad bancaria. Dedujo que se habían ido todos juntos, la criada, y se habían llevado la televisión panorámica, la cadena de música y la mayoría de los muebles. Pero ¿a dónde habían ido, si aún no era tiempo de vacaciones? Los ricos siempre están de vacaciones, pero los pobres no van de vacaciones. A veces, los pobres están donde tú vas de vacaciones, pero no están de vacaciones, más bien forman parte del paisaje, como los ríos y los puentes y a veces duermen debajo. Ellos no eran ricos, pero tampoco eran pobres, eran de economía vulnerable, discretamente ambiciosos y bastante endeudados, pero no eran pobres.

Definitivamente el problema era la ambición y la pobreza y si van juntas, ni te cuento. Es más rico, no el que más tiene, sino el que menos necesita, recordó que había sentenciado un filósofo, quizá Diógenes, el pensador sin camisa que dormía en un tonel. De seguro vivía en un país de clima benigno y ordenanzas municipales más relajadas. Él, tenía medio plan de pensiones, un pedacito del coche y una octava parte de la casa. El problema no era lo que le faltaba, sino lo que tenía, que a todas vistas era insuficiente, por lo que era más fácil desprenderse de ello y emular así al filósofo contemplativo. De todas formas, no iba a poder pagar las letras del coche, ni la hipoteca, ni el plan de pensiones, pues la semana anterior le habían despedido del trabajo.

Salió de casa y tiró suavemente de la puerta. Nada más hacerlo, se dio cuenta de que se había dejado las llaves dentro, pero no pareció importarle demasiado. Subió al coche que tenía aparcado delante del chalé superadosado de un barrio semiresidencial y comenzó a circular por la avenida, hacia el centro de la ciudad. A mitad de camino se dio cuenta que llevaba encendido el piloto del depósito de gasolina. Ya se lo había dicho su mujer, que estos coches gastan mucho. Avanzó una calle más y el coche se paró definitivamente. Optó por abandonarlo, dejando las puertas abiertas y el freno de mano quitado. Mientras caminaba por la acera, vio como el vehículo le adelantaba, deslizándose cuesta abajo, chocando con los otros coches.

Puesto que la mayoría de los males tenían que ver con el dinero, la falta de dinero, decidió personarse en la sucursal donde tenía sus cuantas corrientes. Cuentas eran desde luego y corriente también, pues todo el dinero que a ellas llegaba, fluía con presteza hacia el interior de la entidad bancaria para enjugar las onerosas deudas que mantenía desde que comenzó su vida laboral y mucho antes, cuando pidió un pequeño préstamo para terminar el último curso de la carrera. Y aún más atrás, cuando su abuela le regaló una hucha que tenía que rellenar con su paga de colegial para hacerse merecedor del título de ahorrador del mes y poder retirar del mostrador de la entidad una colchoneta de playa.

Así que llegó hasta la sucursal y preguntó por el director, pero estaba reunido. Se puso en la cola donde había menos gente y pudo comprobar una vez más, que era la cola que avanzaba más despacio. Después de un buen rato llegó hasta el mostrador y

procedió a explicar las operaciones que deseaba hacer. Me cierra esta cuenta y lo que queda lo pasa a la otra y luego la cierra también y se lo entrega todo al banco. La mujer que estaba al otro lado de la ventanilla, no salía de su asombro. Le explicó de nuevo su plan, pero la mujer le respondió con varias vaguedades que no entendió en absoluto y concluyó que no podía cancelar una cuenta que estaba en números rojos. Pablo insistió, avanzó su torso sobre el mostrador y pudo comprobar en la pantalla del ordenador el estado de sus cuentas, letras azules y números rojos. Convencido de que aquella mujer no iba a hacer nada, intentó alcanzar la tecla “borrar”. La mujer comenzó a gritar y un guardia de seguridad se acercó a toda velocidad. Se plantó al lado de Pablo con las piernas abiertas y una mano a la altura de la cartuchera. Pablo había conseguido alcanzar el ordenador con tan mala suerte que la mano se le había enredado con el cable del ratón. Para liberarla, tiró con fuerza, con tanta fuerza que el teclado entero voló por encima del mostrador y aterrizó sobre la cabeza del guardia, que en ese instante acariciaba su arma reglamentaria. Con el golpe se le atenazaron los nervios de la mano y sin querer, se le disparó la pistola. El proyectil le dio de lleno en el pie. El hombre soltó un alarido y antes de desmayarse se acordó de toda la familia de Pablo, que blandiendo en su mano un trozo de cable se abrió paso hasta la calle a través de un grupo de impositores y empleados.

Bastante confuso y falto de energía, recorrió un par de calles y terminó recostado en la ladera de una colina que se levantaba paralela a la avenida principal. En la colina, que estaba cubierta de césped, había varias vallas publicitarias. En una de ellas se anunciaba la reunión anual de los países más prepotentes del mundo. Como se esperaban manifestaciones y protestas, esos días había en la ciudad un despliegue policial superior a lo habitual. Pablo se sentía muy cansado, así que se apoyó en una de las vallas publicitarias justo en el momento que la comitiva oficial de los más altos representantes internacionales circulaba por la avenida. El poste que estaba defectuoso cedió, parte de la valla cayó a tierra y por poco aplasta a Pablo, que se apartó a tiempo. Trozos de madera y metal rodaron ladera abajo y fueron a impactar sobre uno de los coches de la comitiva. El automóvil se detuvo. De otro coche descendieron dos miembros de la escolta, que rápidamente localizaron la trayectoria de los inesperados

proyectiles. La figura de Pablo se recortaba sobre la colina. Uno de los escoltas señaló hacia él, primero con el dedo y luego con su arma de repetición. Una ráfaga transversal, alcanzó a los espectadores de primera fila y acabó impactando en los restos de valla publicitaria que quedaba sobre la colina. Pablo se desmayó. Luego, semiinconsciente, balbuceó un par de frases. Un reportero gráfico había trepado por la ladera de hierba, justo a tiempo de disparar su cámara y recoger las últimas palabras de Pablo. La foto, que el reportero vendió a una agencia internacional, se publicó en todos los periódicos. Pablo se convirtió en la última víctima del sistema y en el primer mártir de un nuevo movimiento. El hecho de que Pablo apareciera a los tres días, vivo pero trastornado, y fuera ingresado en una institución mental, no tuvo mayor trascendencia.

A los seis meses, la bolsa se hundió definitivamente, la mitad de los bancos arruinaron a sus clientes, las empresas de nuevas tecnologías cerraron y las grandes compañías auditoras despidieron a todos sus empleados. Los gobiernos tuvieron que apretar el cinturón a sus ciudadanos y adelgazó bastante la lista de subsecretarios, jefes de gabinete y asesores diversos. Al año siguiente, se organizó una manifestación conmemorativa compuesta por ejecutivos desempleados, impositores arruinados y políticos huérfanos de escaño y sueldo. En suma, ociosos sin ninguna perspectiva; ellos con el pelo y la barba crecida y descuidada, los trajes de bella arruga, ajados; ellas con el tinte de peluquería de barrio y los modelos de media tarde hechos unos zorros. Algunos llevaban camisetas conmemorativas: la del Che Guevara con boina, la de Mao con el libro rojo, la de Einstein enseñando la lengua o la de Burt Simpson enseñando las posaderas. Una chica en primera fila, justo debajo de la pancarta de cabeza, lucía un camiseta con el rostro serigrafiado de Pablo, la instantánea del último gesto. Allí, estaba la viva imagen del malogrado. El gesto perplejo, la sonrisa vaga, la mirada perdida y la frente despejada, sobre la cual se podía leer el lema que en grandes caracteres se repetía en las pancartas “La culpa es de los pobres”.

*Paco Gijón*